

Las grandes tristezas nacionales. El cuarto Juan y la última España. ("Nuevo Mundo", Madrid (6 21 noviembre?) 1914),

El cuarto Juan y la última España

Mis lectores habituales conocen ya —pues la he citado, según mi costumbre machaconeadora, más de una vez— aquella ingeniosa y aun profunda idea del gran pensador humorista norteamericano Oliver Wendell Holmes en su obra «El autócrata de la mesa de almuerzo» (*The Autocrat of the breakfast Table*), obra que se estaba traduciendo al castellano, y en la cual, entre otras cosas igualmente sugestivas, dice que cuando convorsan dos, sean Juan y Tomás, participan de la conversación por lo menos seis, que son: el Juan real y efectivo, conocido sólo de su Hacedor; el Juan ideal de Juan, que jamás es el real y á menudo muy diferente de él, y el Juan ideal de Tomás, jamás el Juan real ni el Juan de Juan, sino que á menudo muy diferente de ellos; y tres Tomases: el Tomás real; el Tomás ideal de Tomás y el Tomás ideal de Juan. Lo que quiere decir, que en cada uno de nosotros hay por lo menos tres: el que se es, el que se cree ser y el que otro cree que somos.

Podría decirse que, en rigor, lleva uno tantos sujetos ideales como prójimos le conocen, pero suele suceder que éstos acaban por fundirse en uno, sobre todo tratándose de personas con actuación pública, y así, las sendas ideas que de mí tienen Tomás y Pedro y José y Enrique y Antonio y... etcétera, etc.,—los más de los cuales ni siquiera me conocen—cuajan en una sola, que es mi leyenda. Aparte de la leyenda que yo me forjo de mí mismo.

El verdadero Juan, nos dice Oliver Wendell Holmes, sólo es conocido de su Hacedor. ¡Como que es la idea que de él tiene Dios! Y de aquí aquello de Carlyle: «¿Conócete á tí mismo? ¡No! Convéncete de que eres inencontrable para tí mismo. ¡Conoce tu obra y llévala á cabo! A lo que cabría contestar que precisamente conocer la propia obra, es conocerse á sí mismo. Que otro conocerse á sí mismo, no es más que el imposible conocer á Dios.

Pero si el verdadero Juan no es conocido, sino de su Hacedor, de Dios, ¿quién se atreverá á sostener que el Juan de los otros, el que los demás ó uno cualquiera de cada uno de éstos le creen, se acerca más al Juan real que el que se cree ser él mismo? ¿Quién osará decirme que la idea que tiene otro de mí es más exacta que la que yo de mí mismo tengo? El hecho es que somos varios yos, y que de las ac-

O.C. Jones XI



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

ciones y reacciones entre ellos, de lo que influye la idea que de mí me formo sobre la que de mí se forman los otros, y viceversa, vive y se desarrolla el yo ideal.

Mas hay un cuarto Juan, mucho más importante que los tres que descubrió Wendell Holmes, un cuarto Juan que no es ni el que es, ni el que se cree ser, ni el que le creen los otros.

Y es el que quiere ser. Y este es el que nos salva ó nos condena.

Porque nadie ha de salvarse ó condenarse para la humanidad por lo que fué, ni por lo que creyó ser, ni por lo que los demás creyeron de él, sino por lo que quiso ser. El más grande y el más íntimo de los muchos yos que cada uno de nosotros llevamos dentro, es el que cada cual quiere ser, el yo de nuestra ambición. Y os aseguro, lectores, que si hay otra vida para el alma después de la muerte y en ella premios y castigos, el castigo mayor que sufrirán en ella muchos que en ésta pasan por ambiciosos, es no pasar de aquella última y suprema mesa en que tuvieron su ambición puesta. «Esto quisiste ser?—les dirá el Juez eterno—pues sólo por toda la eternidad!» Y allí será el crujir de dientes y el desesperarse por haber puesto tan baja y vil su ambición terrena.

Y si hay para cada hombre esos cuatro Juanes, esos cuatro sujetos, los hay también para cada pueblo, para cada nación, para cada patria.

Hay una España real y efectiva, que sólo Dios, su Hacedor, conoce; hay una España de los españoles, la España tal como nosotros la creemos y purgamos, que difiere enormemente—estoy de ello seguro—de la España real, y hay las Españas de los que nos ven y nos juzgan desde fuera, las Españas de los extranjeros, que en rigor pueden reducirse á muy pocas, y acaso á una sola. Y cuando nos revolvemos contra la España de un francés, de un inglés, de un italiano, de un alemán, es porque la contrastamos no con la que es, sino con la que nos forjamos. En muchos de nuestros cargos á la España de Dumas, ó de Gautier, ó de Borrow, creo que nos falta razón. Ellos vieron desde fuera cosas que nosotros no sabemos ver desde dentro. Y otras veces, las más, cabe decir: «Sí, ese reproche que usted nos dirige es, desde su punto de vista, fundado; bien, ¿y qué?». Y no negar el hecho, pero recusar el juicio.

Mas lo que importa no es tanto, ni la España real y efectiva, que tardaremos mucho en ir conociendo par-



re



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

cialmente y nunca conoceremos del todo, y acaso no convenga así, ni la España como los españoles nos la imaginamos—si es que nos la imaginamos de alguna manera en unidad y concierto, y no hay más bien un caos de concepciones discordantes y las más de ellas disparatadísimas—ni la España ó las Españas de los extranjeros, la de la leyenda pintoresca, la de la leyenda crudita, etc., etc. Lo que importa es la otra España, la última, la única que puede durar, la que quiere ser.

«¿Pero es que España quiere ser de algún modo que no es?»—se me preguntará—. «¿Pero es que España quiere más que ir viviendo? ¿Pero es que todo esto de reconstitución interior, de moterse en sus fronteras, de colonización interior, de dejarse de aventuras, toda esta manera de entender el evangelio pesimista de Costa, no quiere decir que España no quiere sino vivir, subsistir, prolongar su mera existencia nacional y no quiere ser algo, lo que se llama querer ser algo?» Al que me pregunte tal cosa le contestaré que tiene razón. España es una nación abúlica, y como tal, está á la defensiva. La fatídica frase de «char triple llave al sepulero del Cid» no quiere decir, sino que hay que prepararse á bien morir, á morir mal. O á algo peor que morir, á arrastrar una mera existencia económica.

Y quiera el Dios de España que no pueda un día decirsenos ó decir á nuestros hijos unas palabras como aquellas tan terribles con que el gran Simón Bolívar—uno de los hombres más grandes de nuestra lengua y casta—dijo al final de su Mensaje al Congreso Constituyente de Colombia en 20 de Enero de 1830, y son éstas: «Ciudadanos: me ruborizo al decirlo; la independencia es el único bien que hemos adquirido á costa de los demás. ¿Comprará así España su independencia—una independencia en tal caso ficticia—á costa de los demás bienes espirituales? ¿Venderá el alma, ó más bien se cerrará el camino para llegar á tenerla?»

Hay que ver lo que hay debajo de la mayor parte de esas formas prácticamente anónimas—de Juan Pérez, Antonio López, José García, Manuel Sánchez, etc., etc.—que están abogando por la neutralidad de España. Muchos de ellos la piden por estar convencidos de que España no puede ponerse del lado de sus simpatías, y otros muchos, por pertenecer al número de los españoles que carecen de la parte



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

